

Estando el Mezquino en mucho plazer e sosiego con Milón su padre e aviendo el primer fijo de Antinisca, al cual puso nonbre Floramonte de Duraço, y Alexandre fue su padrino. Y aquel año murió la duquesa Fenisa, madre del Mezquino, y el año que ella murió se enpreñó Antinisca de un otro hijo macho. E tornóse Alexandre a Costantinopla y avíale nascido un hijo e púsole nonbre Guarino; e después ovo otro fijo e púsole nonbre Reimundo, assí como le llamavan al enperador su padre; e después ovo otro fijo e púsole nonbre Artibano, y fue valentíssimo cavallero.

El Mezquino ovo después otro hijo, el cual nació al tiempo que su padre Milón murió, e púsole nonbre Milón. E cuando

Floramonte avía diez años, Milón avía siete años e murió Antinisca. El Mezquino deliberó de dexar el mundo e fazer vida de hermitaño por salvar su ánima, y enbió a rogar a Girardo su primo, fijo del rey Girardo de Nápoles, que viniessse, porque le quería rogar que quisiessse mirar por sus fijos e para se los recomendar [...]. Y aviendo el Mezquino aparejado de se fazer hermitaño, se fue a Roma e después que tornó a Taranto e puesta la cibdad en sosiego y estando en toda su tierra amado de todos los suyos y aviéndose confessado y comulgado por irse al desierto a fazer penitencia, enfermó e dende a pocos días murió del cuerpo, pero no del ánima ni de la fama. Y cuando murió avía cincuenta años. (f. 78r).

48. LEÓN FLOS DE TRACIA

(finales del siglo xvi)

por

José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIO

[1] Biblioteca Nacional (Madrid): ms. 9.206 (*olim* Bb.23) [→]

TEXTOS

1. El Doncel del León es armado caballero

Havía el Doncel del León catorze años. El rey le había dado un maestro que le mostrase a cavalgar a cavallo, jugar de espada y de otras armas, y lo demás tocante al ámbito militar y el exercicio de las armas, en lo cual todo tenía tan buena gracia y maña como si

mucho tiempo lo hubiera usado; assí que viendo su avilidad y la buena maña que tenía, davan más crédito a las palabras que Alquisa d'él avía dicho. Él tenía gran cuidado de esto cuando el servivio de la princesa le dava lugar, a la cual procurava servir en lo que podía porque conocía que le amava mucho, y se lo mostrava por señales muy claras y, se lo hubiera dado a entender por palabras,

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín Pina: n° 1807. **ESTUDIO:** Lucía Megías (1996).

sino fuera por lo que Alquifa le había dicho. Viéndose el Donzel del León de l'edad que les parecía que podía ser cavallero, con el gran desseo que tenía de buscar su padre, aunque estava muy contento con lo que Alquifa le había dicho, y assí el rey le hacía tan buen tratamiento, teniendo por cierto todo lo que d'él le dixo, el cual buscava tienpo y sazón para hazer saber al rey su voluntad. Acavando un día de comer, hincóse ante él de hinojos y suplicóle que un don le otorgasse, pues de derecho por ser el primero se le devía. El rey le mandó levantar, pero el donzel no lo hizo hasta que el don le fue otorgado, por el cual le besó las manos, y díxole:

-Lo que a vuestra alteza pido es que me hagáis cavallero de vuestra mano.

-Doncel del León, -dixo el rey-, no es tiempo aora. Cuando lo fuere, yo holgaré d'ello porque vuestra tierna hedad no lo consiente; porque aduro podríades sostener el peso de las armas, ¡qué más hazer con ella lo que combiene para ser cavallero!

-Mi coraçón me dize que ya es tiempo que lo sea, y me parece gran vergüença estar assí.

Mucho quisiera el rey escusárselo, pero conociendo su voluntad y por le haver otorgado el don, y también porque su nacimiento fue tan estraño de los otros, no sabía si en dilatarlo algún daño no receviesse, húvole de conceder, díxole.

-Pues assí os plaze, aparejá las armas y en la noche tené la vigilia en mi capilla y daros he la orden de cavallería.

El donzel le besó otra vez las manos. El rey le abraçó y besó en el rostro, que lo tenía muy hermoso, y assí se quedó demás hablar en ello. El donzel se salió de palacio tan alegre que no podía encubrir su plazer. Juntóse con Filiseo, a quien no menos placía, díxole:

-Aora, señor, menester es proveer las armas, pues que ya tenéis la espada.

-Así será, -dixo el donzel-, y a tu padre quiero dar el cargo d'ello, que mejor que yo lo sabrá hazer.

-Assí sea, -dixo Filiseo-, como sea venido, se lo diréis para que lo provea.

Assí se dexaron d'ello. Otro día, estando el donzel en este cuidado, vido entrar al enano de Alquifa en su rocín, delante de sí traía un lío grande; el cual hizo subir a donde el Donzel del León estava. Después de ser haver humillado al rey y a la reina, bolvióse acia él y díxole:

-Señor León Flos, Alquifa, mi señora, manda por mí besar vuestras manos como quien mucho os ama y dessea ser-viros. Embíaos estas armas con que seáis cavallero.

El doncel desembolvió el lío y sacó d'él unas armas tan blancas como si fueran de plata, sembrados por ellas muchos leones; el yelmo de la misma manera, y un escudo de fino acero no menos relumbrante que las armas con el campo indio, y en el medio un león bermejo con una flor blanca en la boca, como el que él tenía en los pechos. Diole la vaina de la espada, que era de un hueso negro, díxole:

-Señor, dize mi señora que no os pese porque los leones y la vaina son negros, que cuando la espada se tornare en su propia color lo harán los leones y la vaina, como la fina grana y ésta dexaréis por otra que sea la mejor del mundo, y la ganaréis con mucha honra.

Mucho plazer ovo el rey de ver las armas, y fue maravillado de la rica labor d'ellas, pero mayor lo ovo con ellas el Donzel del León. Tomó la vaina y metió la espada en ella y dixo al enano:

-¿Mandaron te dezir otra cosa?

-No, -dixo él.

-Pues di a tu señora, -dixo León Flos-, que le agradezco mucho la merced que me hizo. Y pues al presente no tengo otra cosa sino mi persona para se la pagar, que de ella se podrá servir siempre que

quisiera, y que yo haré mucho por verme presto con ella, que la desseo hablar para saber d'ella una cosa que a duro, según creo, lo podría saber de cierto.

Esto dezía por le preguntar quién su padre y madre fuessen, que creía que ella lo sabía por lo que el rey había dicho.

-Cuanto más presto fuere vuestra visita, -dixo el enano-, sé yo que más holgará mi señora porque os ama mucho y tiene deseos de serviros.

-Buen enano, -dixo el rey-, saludame a tu señora y dile que mucho plazer me hará en venirse por acá, porque la reina y la princesa le tienen mucho amor y se holgarán con ella.

Assí se despidió el enano y llegando donde su señora estava, contóle lo que había passado.

A la noche, el Donzel del León veló las armas en la capilla del rey y junto con él Feliseo y muchos donzeles que le acompañaron parte de la noche; y la princesa con sus donzellas, que por su linda conversación y criança de todos era muy amado. Otro día haviendo el rey oído misa armó cavallero al Donzel del León; calçóle la espuela diestra y dióle con el espada en el hombro, y juró que guardaría ciertas cosas que en aquel tiempo los que armavan cavalleros juravan; y díxole:

-¿De cuya mano queréis tomar el espada?

-De la princesa Altaclara, si toviere por bien de me la dar, -dixo él.

-Con tal, -dixo ella-, que por un año os nombréis mi cavallero, a mí me plaze d'ello.

-En eso, muy alta señora, mayor es la merced que recibo, -dixo él.

Luego la princesa le ciñó el espada que Alquifá le había dado, y quedó tan apuesto que parecía que mucho en su hermosura las armas habían acrecentado. El rey que le miró, le dixo:

-Donzel del León, si tan cumplido os haze Dios en esfuerço como os hizo en fermosura, en vós será mejor empleada la horden de cavallería que en otro ninguno.

Él calló con vergüença que había de lo que el rey le dixo.

Fuéronse a comer con muy gran plazer del Donzel del León, por ser cavallero según lo que desseava serlo. (cap. 8, ff. 10v-11v)

2. Casos de amor, casos de desamor: el engaño de León Flos

Caminaron dos días sin que cosa les aviniese. Al tercero vieron venir acia sí cuatro cavalleros; traían con ellos otras tantas donzellas hermosas, mayormente la una d'ellas, que en hermosura y desemboltura excedía a las otras. Como se juntaron la donzella hermosa que vido a León Flos tan hermoso y bien armado, díxole:

-Señor cavallero, estas donzellas y yo venimos contra nuestra voluntad con estos cavalleros; ha cuatro días que andamos en su compañía y, aunque al principio de su conocimiento, fue con nuestra voluntad, aora no lo es. Y pues parecéis tales que no consentiréis que se nos haga fuerça, os pedimos que nos quitéis d'ellos.

-No parecéis forçadas, -dixo León Flos-, pues de vuestro grado venís con ellos.

-Sí somos, -dixeron todas-, que contra nuestra voluntad nos traen.

-Señores, -dixo León Flos-, ya vedes lo que estas donzellas dizen, y atán buenos cavalleros como parecéis, no conviene hazerlo. Haréisnos merced las dexéis en su libertad para que se vayan donde quisieren, pues no ay razón que de otra manera estén en vuestra compañía.

-Las donzellas son nuestras, -dixeron los cavalleros-, y las ganamos de buena

guerra, y de su grado han venido con nosotros y no forçadas, que no somos tales que tal tengamos en costumbre.

-Nosotros lo creemos así, -dixeron León Flos y sus compañeros-, y si ellas quieren estar en vuestra compañía, nosotros lo tenemos por bien.

-No, señor, -respondieron ellas-, y si nos ganaron de otros, ya están satisfechos del travaxo que en él pasaron.

-Cavalleros, -dixo León Flos-, las donzellas sean libres para que se vayan donde quisieren.

-¿Queréis vós alguna d'ellas?, -dixo el uno d'ellos.

-No, por cierto, -respondió él-, sino que se vayan a la buena ventura.

-Pues agora veremos cómo las defendéis, -dixo aquel-, que a mi grado no se partirá de mí esta donzella hermosa, que mucho me agrada.

-Menos tardaremos, -dixeron los cavalleros-, en las libertar por las armas que por las palabras.

Tomaron del campo, a su boluntad arremeten los unos a los otros y ninguno herró su encuentro. Los cavalleros de las donzellas los encontraron en los escudos, donde quebraron sus lanças, y nos los movieron de las sillas, pero ninguno de los otros no quedó en la suya, y dieron grandes caídas. El cavallero de la más hermosa que le encontró León Flos huvo una espalda quebrada. No curaron más d'ellos y dixeron a las donzellas cómo eran libres para hazer su voluntad.

-La nuestra es, -dixeron ellas-, de nos ir con vosotros hasta hallar a unos cavalleros en cuya demanda andamos.

-En buen hora, -dixo el marqués-, que tan bien será en la nuestra apartarnos de vosotras cuando quisiéremos, como en la vuestra trocarnos por otros cuando os agradare.

-Dezid lo que quisiéredes, -dixo la donzella hermosa-, que yo por ninguna

manera me apartaré de este cavallero hermoso.

Señaló contra León Flos.

-En mal punto, -dixeron las otras-, escoxáis vós, que siempre lo tenéis por costumbre.

-Ora no riñamos, -dixo ella-, que para cada una ay el suyo. Y todos parecen tales que no ay ninguna que no se contente con el que le cupiere, que éste no es casamiento de por fuerça, que apremia a nadie que resida en él, mas de por su voluntad.

Y assí riendo siguieron por su carrera hasta que les tomó la noche en una floresta, donde les combino quedar, que no hallaron mejor lugar. Cenaron de lo que los escuderos traían, a los cavallos quitaron las armas y cada uno estuvo con su donzella, salvo León Flos que se quedó armado. La donzella hermosa se llegó juntó a él y, como vía el poco cuidado que d'ella tenía, estava muy sañosa; metíale en algunas razones. Él le dezía:

-Señora donzella, durmamos un poco, que tiempos avrá en la mañana para hablar.

Ella se llegava a él y dezíale que se quitasse las armas como sus compañeros.

-No puedo, señora, -dixo él-, que esta noche me cabe la vela para que ellos duerman seguros, y ésta me cupo por suerte y por ninguna manera dexaré de hacerlo, que podría recrecerse cosa que gran daño les viniessse por falta yo lo que era a mi cargo.

De esto y de ver a sus compañeras con los otros cavalleros, estava muy apenada y más de ver a León Flos el poco cuidado que con estar cerca d'él le dava su hermosura y los grandes sospiros que sus pensamientos le causavan, que no era en su poder encubrillos. Assí pasó lo que de la noche quedava; a la mañana tornaron a su carrera, creyendo la donzella que era concierto entre todos quatro que durmiendo en el campo el uno

d'ellos velasse, sperava la noche para gozar de León Flos, que por más hermoso de todos lo avía escogido. Y llegaron a una posada de un buen hombre, que a los cavalleros de aventura acogía; después de aver cenado, el huésped preguntó a una de las donzellas si acostumbraban dormir con los cavalleros; ella dixo que sí; y diéronles cuatro lechos. Cada una se fue con su cavallero; y como León Flos vido a la donzella que junto al suyo le aguardava, díxole:

-¿Qué atendéis, señora?

-Que nos acostemos, -dixo ella-, que ya es ora.

-No lo es para mí, -dixo él-, si hemos de dormir juntos.

-Pues, ¿también os cabe la vela esta noche como la passada?, -dixo la donzella.

-Assí entiendo que avrá de ser, -dixo León Flos-, pues estáis en camisa, que querréis gozar del lecho.

-¿Y vós no os acostaréis en él?,- dixo ella.

-No veo yo cómo, -respondió él-, pues havéis tomado posesión d'él.

-Harto lugar ay para ambos, -dixo ella.

-No me parece a mí que le daréis vós, -dixo él-, porque yo acostumbro dormir solo, y vós no lo querréis dexar.

-¡Mal me haga Dios, -dixo ella-, si solo bós en él dormís sino que, pues vós no queréis que yo me huelgue esta noche sino dármela mala, que vós en el lecho solo no la tengáis!

-Buena ora, -dixo León Flos-; si con eso estáis contenta, yo lo tengo por bueno.

-Yo por malo, -dixo ella-, y mal aya quién os escogió, que mi pago me havéis dado.

-Pues, señora, -dixo León Flos-, yo no quedo sin él, según la mala noche; se me apareja, durmamos y no demos parte d'esto a ninguno.

-No dexaré yo, -dixo la donzella-, de publicar vuestras faltas, que bien creo

que no son pocas, y por encubrir las de mí, fingís mucha honestidad.

-Mejor es, señora, -dixo León Flos-, que calléis lo que conmigo pasáis, y no publicarme, pues de publicallo, ganáis poco.

-Esto, -dixo riendo-, que pasáis vós conmigo, para que lo calle, -respondió ella-, no quiero, sino que todos como yo sepan quién sois, que prometéis con vuestro gesto hermoso lo que niegan vuestras obras malas, y que no engaños a nadie como hizistes a mí.

-No tenéis razón, señora, -dixo León Flos, no pudiendo encubrir la risa-, que yo no os rogué ninguna cosa para que os quexéis de mí, que, como yo conozco lo que en ese caso puedo, apartóme de no tropezar en él por no dar muestra a todos de lo que no querría que supiese ninguno, a cuya causa os rogava fuesse secreto.

Y dissimulando con ella, se hechó encima de una arca donde burlando y mal durmiendo de lo que la donzella dezía pasó la noche.

A la mañana siguieron su camino; la donzella iba muy triste y medio llorosa, y más lo mostró cuando vido el buen contentamiento que las otras llevavan, e díxoles:

-No me puedo quejar de nadie sino de mí que, si mal tengo, yo me lo escogí.

-¿Cómo es éso?, -dixeron las donzellas.

-Que tomé a este cavallero, -dixo ella-, que él no lo deve ser, sino alguna donzella que anda en ábito disfraçado, según lo que d'él he conocido e visto.

León Flos dixo a los cavalleros lo que con la donzella havia passado, de que rieron mucho d'ella, y díxole el marqués:

-¿Qué descontento tenéis de nuestro compañero, señora donzella?

-Téngolo tanto, -dixo ella-, que pluguiera a Dios que yo no dexara al que dexé por tomar el que no deviera, que

por mí sola se podrá dezir que quien bien tiene y mal escoge.

-Señora, -dixo León Flos-, no es eso lo que yo os havía rogado, que fuese secreto lo que entre nosotros pasase.

-¿Y qué os devo yo a vós ni a vuestras obras, -dixo ella-, para que yo haga lo que vós queréis? Antes por no hazerlo sino al contrario, os publicaré como a mal vino que vós no sois hombre ni tenéis muestra d'ello sino en venir armado, pues teniendo una donzella como yo a vuestra voluntad dos noches, la una dixistes que os cavía la vela para guardar vuestros compañeros, y la otra dormistes encima de una arca por no dormir en el lecho conmigo. Mirad si éstas son cosas para que yo las cele ni para que ninguno que lo sepa os tenga por hombre; ni yo os tengo por tal ni vós lo devéis de ser.

Y los cavalleros reían mucho del enojo que la donzella mostrava y de la disimulación con que León Flos respondía, el cual le dixo:

-Señora, ya sabéis vós los inconbidentes que yo tuve en esas noches para apartarme de vós, pues queréis que todos lo entiendan; y lo que no se hizo en una, se podrá hazer en otra, que no están los hombres siempre en un ser sino que con el tiempo se mudan sus voluntades. No desconfiéis de mí, que presto vendrá la noche.

-Por cierto, en vós, -dixo ella-, terné yo poca confiança que a la noche no os faltará otra disculpa para encubrir vuestras faltas.

-Esas no creo yo que me las encubriéis mucho, según las que me havéis publicado, dixiéndome que no ser hombre; pues si me conociédeses, de otra manera me juzgaríades.

-Por lo conocido me pesa, -dixo ella-, y pluguiera a Dios que nunca os oviera visto, que no sé quien me engañó, sino que la afición es causa de muchos yerros, como lo fue del mío.

-No es yerro, señora, -respondió León Flos-, querer yo mirar por vuestra honra y guardarla y defenderos de los que os hizieren fuerça.

-Denfendévos la vuestra, -dixo la donzella-, si alguna tenéis y haréis harto, que la mía, andando con vós, yo fío que está bien defendida y guardada, que por miedo de no defenderme de alguno.

-Creo que no havéis razón, -dixo León Flos-, pues sois testigo de lo pasado.

-Aí os esperaba, -respondió ella-, que bien cierta estava que os havíades de loar de aquella nonada que hizistes. Yo tengo por cierto que al cavallero que derrivastes no le derrivó vuestro esfuerço sino su mucha flaqueza, con que él se cayó de su cavallo.

D'esto rieron los cavalleros de buena gana. Dixo el marqués:

-Señora, presto le havéis conocido.

-De una buelta de ojo que yo doy, -dixo ella-, conozco quién es cada uno.

-Tomad de nosotros el que os agrade, -dixo el marqués-, y dexá el que escogistes, pues avéis conocido sus faltas, que de presto pocas cosas se aciertan, que más que hermosura han de tener los cavalleros.

-Esa sinrazón, -dixo ella-, no haré yo a mis compañeras, que lo que no aprovecha para mí, poco fructo sacarán ellas.

-A mí vós, -dixo León Flos-, queredme para vuestro cavallero, y tomad uno de estos mis compañeros como amigo.

-¡Qué gracioso sois vós!, -dixo ella-, para mí cavallero no creo yo que lo sois ni lo seréis de ninguna; y cuando lo fuéredes, será de alguna que se engañe por la vista como yo hize.

-Aora, señora, -dixo León Flos-, ya tenéis conocido para lo que soy y lo que valgo. Si no os contento, a mí me pesa d'ello, y la emienda de lo que he faltado, yo la haré en lo que fuéredes servida.

-Eso no aguardaré yo de vós, -dixo la donzella-, y no quisiera sino saber vues-

tro nombre para publicar vuestros yerros y faltas por todo el mundo. Pero yo lo sabré para hazerlo.

Y diciendo esto, dio del azote a su palafrén y tornóse por el camino que había venido. Las tres donzellas que la vieron ir, dixerón:

-Señores cavalleros, perdonadnos, que por ninguna manera dexaremos ir sola a nuestra compañera, que ha mucho tiempo que andamos juntas, y lo que avino a ella pudiera avenir a una de nosotras.

-A Dios vades, -dixo Dinades-, que nos havéis dado causa para reír. Yo así lo haré cuando me acordare, que será por toda mi vida, que no es cuento este para olvidalle jamás.

Por esto que vieron en este cavallero, sospecharon que tenía su amor puesto en parte que no quería mudarse, y que amava con mucha lealtad.

Y tratando de las burlias passadas y en otras de presente, como todos eran cavalleros que holgavan d'ellas, y como ivan con mucho plazer por el camino de Alexandria, caminaron algunos días; y una noche que en el campo dormían, como León Flos con los dulzes pensamientos de su señora, no lo hazía, oyó tañer y cantar muy graciosamente. Levantóse paso y al tino de lo que sonava que muy bien le parecía porque, aunque la noche era oscura, hazía muy sosegada, fue al tino del son hasta que llegó a una fuente que estava cerca de muchos árboles y a lumbre de dos hachas, vido una donzella muy hermosa puesta en una rica cama, que era la que tañía un arpa; cerca d'él havía dos lechos en que dormían cuatro donzellas y mirando más vido cuatro cavalleros armados, que también estavan durmiendo. Y la hermosa señora que no dexava de tañer, oyó que cantava de esta manera:

Romance

*Quebrántense, dios Cupido,
tus leyes, fueros y mando,
pues a nadie galardonas
de quien te sirve de grado,
y repartes tus haveres
por un orden malmirado:
al extraño das plazer,
al tuyo, pena y cuidado;
eres ingrato, cruel,
desconocido, malirado.
¿Por qué te llaman amor
pues eres desamorado?
Pintante ciego desnudo
con marco bien flechado,
dixen que hieres de burla
y el herido es el burlado.
¿Por qué queda sin sentido
de sí mismo, enagenado?
Buelve tus ojos y mira
mi real casa y estado,
mira, mira mi persona,
y que tal que la has parado.
Andando por estos valles,
buyendo de lo pasado,
buscando a quien me perdió,
pero nunca lo he hallado,
porque aquel que yo quería
otra me lo avrá gozado.*

Así como acabó de cantar, dixo con voz muy triste por deshecha este villanico:

*Si así supiera guardaros
como supe bien quereros,
no temiera de perderos.
El Amor mostró querer,
yo supe querer y amar;
el Amor me quiso dar
más que pude merecer;
el Amor me dio poder
para amaros y quereros,
yo lo tuve de perderos;
yo me perdí de vencida,
yo me gané por amaros,
yo perdí en no conservaros*

*la más parte de mi vida;
yo me hallé tan perdida
que me gané por quereros
y me perdí por perderos.
Si la cosa muy amada
yo supiera conservar,
no supiera mi penar
una vida tan penada,
supiera tener guardada
mi fee para bien quereros
y no supiera perderos.
Vós, señor, sois el perdido,
yo la perdida por vós,
perdidos somos los dos.
Sólo por vós que sois ido,
bien tenéis ya conocido
que, si supe bien quereros,
que también supe perderos.*

Acavado de cantar, dexó el arpa encima de la cama y torciendo sus muy blancas manos, una con otra, derramando muchas lágrimas de sus ojos, que parecían perlas en sus mexillas, decía:

-¡O, amor, amor! ¡Y cuántos libros sin cuento están escriptos de ti por muy grandes sabios, que si en ellos ponen dos renglones en tus loores, escriven cien mil de tus males! ¡Ay de mí! ¿Quién me vido tan libre como aora estoy captiva y más captivo que yo el que a mí me tiene sin libertad, y puesto en tal prisión que ni él me la puede dar ni yo con todo mi poder ponerle en la suya! Todo causado por el cruel ciego de Amor, malo burlador cuyo poderío ninguno veo libre, pues los sabios se van tras él, los simples lo gustan y sienten, que a ninguno veo estar escarmentado de sus males, ni lo que en ellos ni en otros haze sino que cuanto más blasfeman d'él más le siguen; donde es más aborrecido, más le aman; los que más mal dizen d'él, más le quieren; cuando más le olvidan, más se acuerdan. A la fin hallo que, si muchos le quieren, que ninguno está sin él ni lo dexa.

Con esto calló por una pieça. (ff. 113r-115v).

49. LEPOLEMO (EL CABALLERO DE LA CRUZ)

de Alonso de Salazar
(1521)

por
Anna Bognolo

TESTIMONIOS

- [1] Valencia, Juan Jofre, 1521 (10 de abril) (a costa de Juan de Molina) [→]
- [2] Valencia, Juan Gofre, 1525 (2 de septiembre)
- [3] Sevilla, 1528
- [4] Sevilla, Juan Cromberger, 1534
- [5] Sevilla, Herederos de Juan Cromberger, 1542
- [6] Valladolid, 1545

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: n° 1813. **ESTUDIOS:** Bognolo (1993) y Roubaud (1990).